

padeció calumnia en ella, y fuera cierto valerse de esa nota, si la hubiera aun imaginada en un hombre que predicaba de las verdades que duelen; mas el gran crédito de su castidad enmudeció a la intención más depravada».

Grande fué su recato en todos sus actos y modales; jamás se le oyó palabra que no fuese muy casta y honesta, ni permitía se pronunciase o dijese en su presencia; de su casa se dice que parecía un convento muy observante; llamaba a todos la atención el recogimiento de sus ojos, y la manera y composición del hombre exterior hacía que cuantos con él trataban le fuviesen un singular respeto y acatamiento, exclamando a veces algunos de ellos: este hombre, con sólo verle, nos edifica.

Varón apostólico.—La vida toda de nuestro celestial Patrono fué un prodigio de santidad sacerdotal. Y como la santidad es fuego y el fuego arde y produce llamas, llamas vivas como de un volcán en erupción fueron sus anhelos y ardientes afanes de apostolado, que ejercitó a todas horas los ministerios: predicador infatigable, consejero sapientísimo, director excelente de conciencia, escritor autorizadísimo, y en todas partes deja estampado el marchamo del apóstol: fuego, entusiasmo y amor.

Por sus palabras y consejos, que enardecían e inflamaban a los demás, podremos colegir cual fuera el incendio del celo apostólico en que se abrasaba su corazón. «Oh padre —escribía a un sacerdote—, si de verdad nos quemase las entrañas el celo de la casa de Dios; ¡Cómo puede uno que al Señor ama, no amar cosa tan conjunta a El!..: Creo yo que si fuésemos lo que debemos, no daríamos sueño a nuestros ojos, ni descanso a nuestras sienas, hasta que hallásemos morada para el Señor, pues tan desechado y alanzado está de las (almas) que por tantos títulos son suyas» (car. 204). Y escribiendo a un predicador, añadía: «Piense, Padre, muchas veces en qué negocio le ha puesto nuestro Señor, y verá con cuánta vigilancia lo debe tratar. No tiene Dios negocio que más le importe que el de las ánimas; y por ellas lo crió todo, y El mismo se hizo hombre, para, en la carne que tomó, comunicarse con los hombres» (car. 4).

Enfrentóse, ante todo, con el problema de instruir al pueblo —a niños y mayores— en las verdades de la fe, y la voz persuasiva de aquel gran catequista y elocuente predicador resuena con célicos cla-